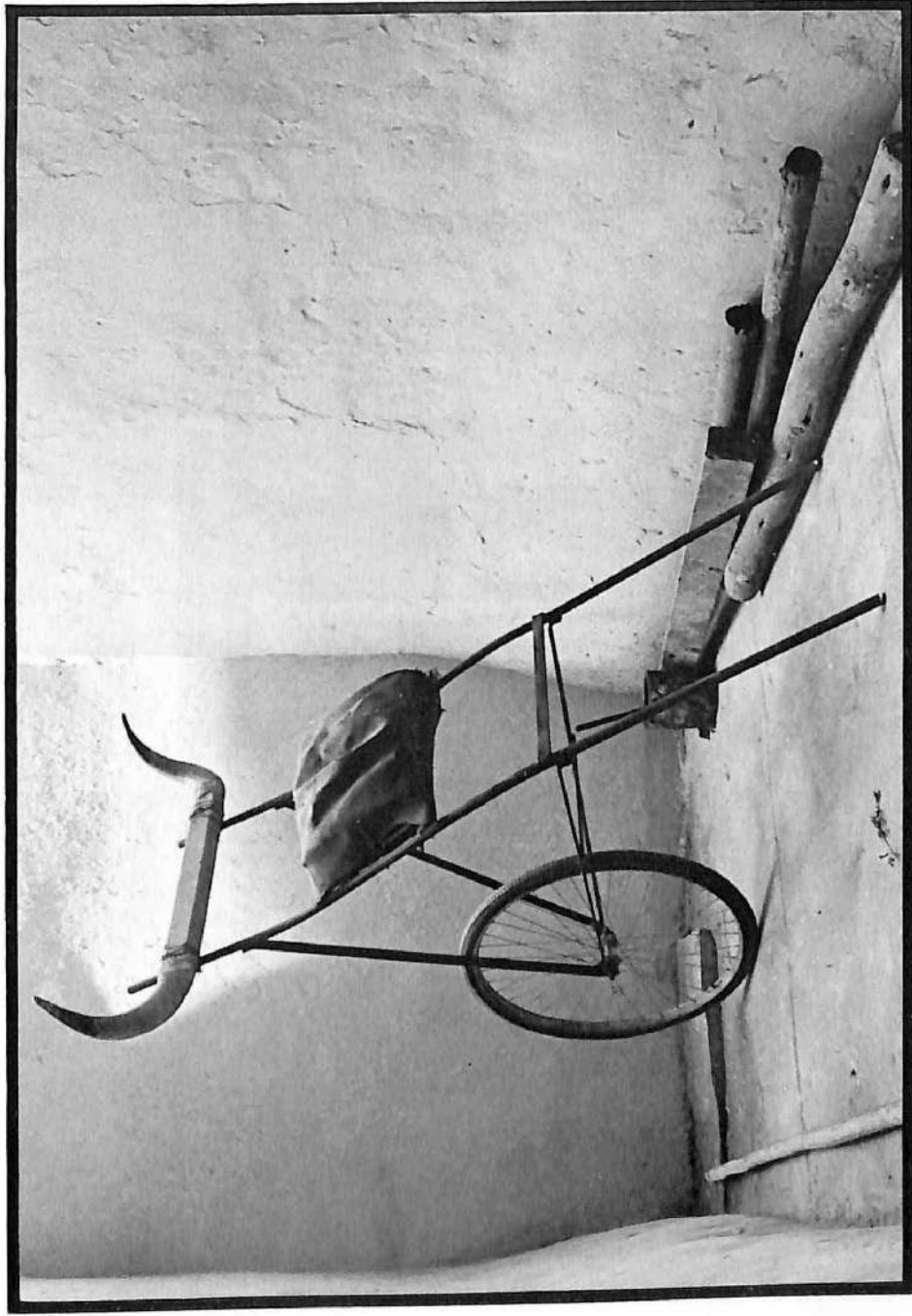
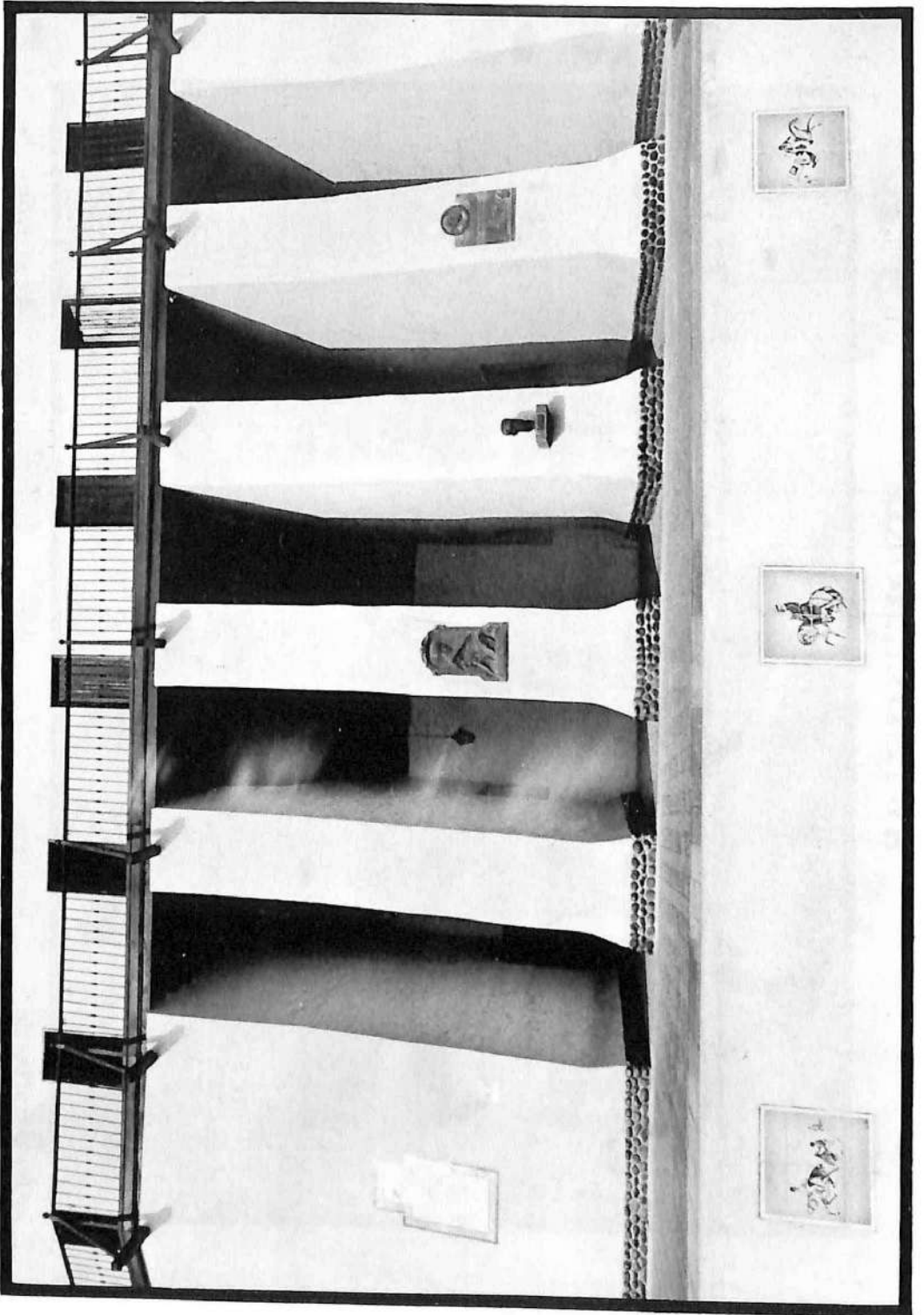


ARTE DEL MORIR



Fotografías de
Javier Silva Meinel

Textos de
Guillermo Niño de Guzmán



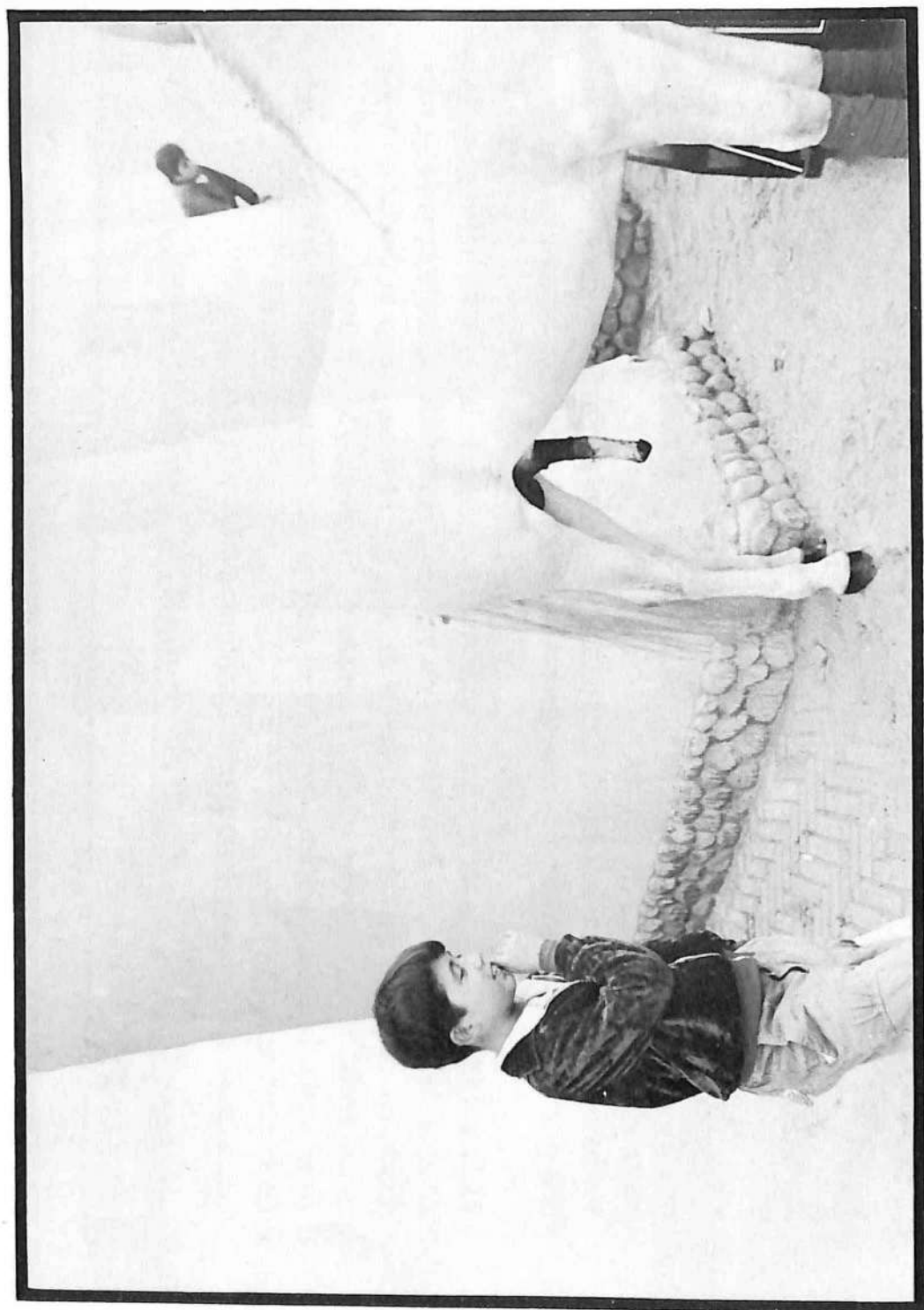
Acho. El coso vacío y sin embargo imponente como una catedral. Bajo el sol de la tarde sus arcos desnudos perfilan estelas de sombra. Al fondo, solitario se recorta el Mirador de Ingunza.

Un halo extraño brota de las viejas paredes, resuenan antiguos rumores, se eleva un olor a polvo, a cuero, a vino. La emoción reverbera en el ambiente como una serpiente eléctrica.

Es la solera de la plaza, la gravedad que se desprende de las formas del recinto, los bramidos de los toros que han muerto en su arena, el sudor de los toreros que han ofrecido su cuerpo para labrar una obra de arte tan efímera como inolvidable. Y los ojos encendidos de aquellos que han tenido el privilegio de admirarla.

Es el paso de los años, pero también el peso de la ceremonia ancestral de la vida y de la muerte.

Acho, altar de arena erigido para la contemplación y la fiesta.



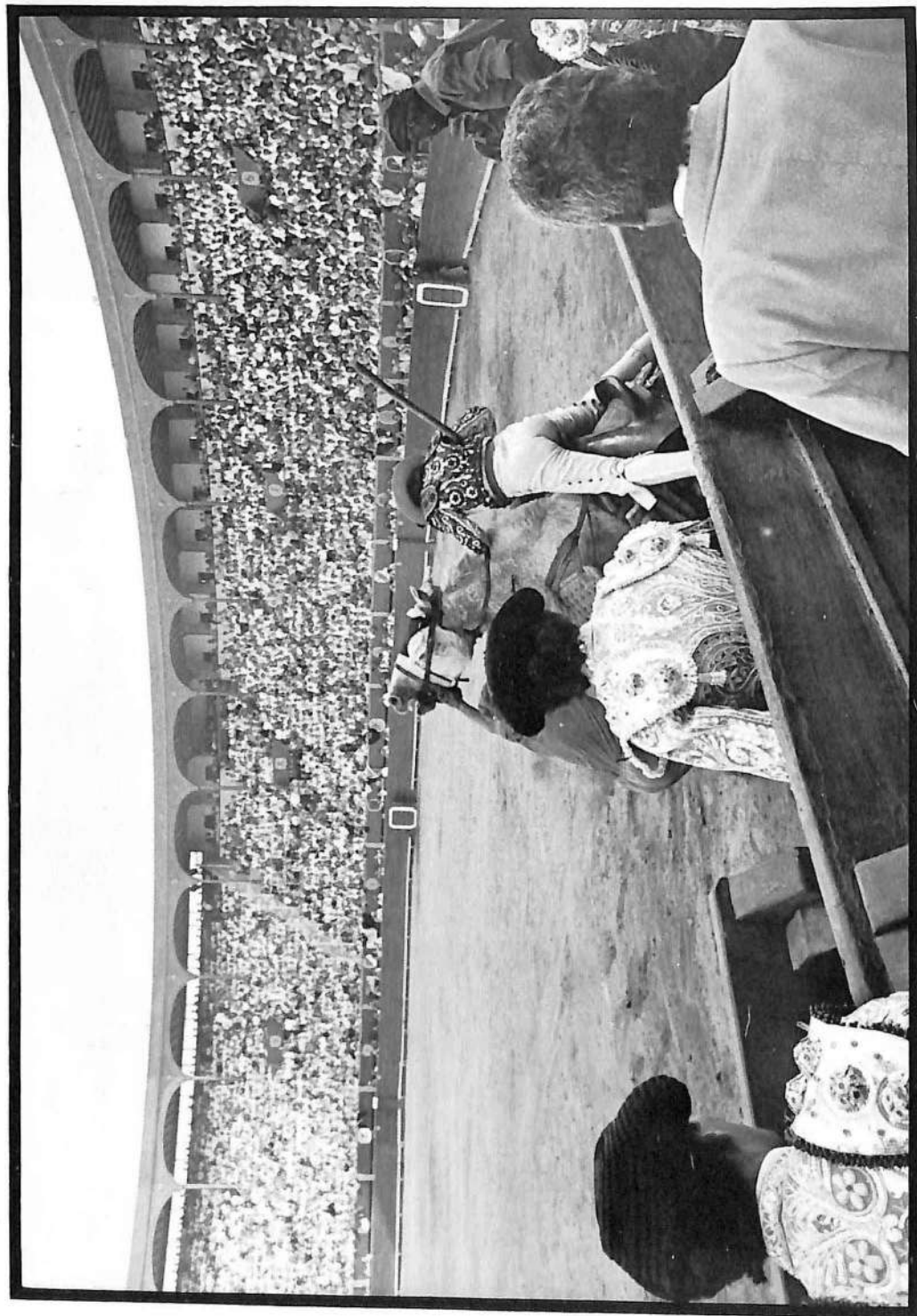
Nadie olfatea el miedo como el caballo. Tal vez porque sabe que sus oportunidades en el ruedo son escasas. Sin duda, el muchacho que, risueño, se percata de la excitación del equino, ignora sus pesares.

Con los ojos vendados como el condenado a la pena capital, el caballo siente la presencia invisible de la bestia que bufa y llena el aire de sonido y de furia. Percibe el olor a sangre cuando se derrama sobre los flancos del toro. Oye la bravura como si ésta fuera un trueno y sus orejas se erizan antes del encuentro. Su suerte está echada.

Mientras tanto, ajenos a su destino, los caballos aguardan en el patio. Son sobrevivientes de otras tardes, otras sangres, otras arenas. Indefensos, sumisos, parecen resignados a su constante desventura.

Poco después, cuando les vistan con el peto y el picador deje caer su peso sobre sus lomos y la espuela aguijonee los ijares desgarnecidos, sabrán que la pesadilla empieza de nuevo.

Implacable es la furia del toro. En realidad, los caballos no tienen ninguna oportunidad, excepto la compasión del público.



Domingo de feria.

Una alegre muchedumbre converge a orillas del Rímac, se agolpa en los atrios de la plaza, empieza a cubrir los tendidos. Atrás emerge la giba abigarrada del cerro San Cristóbal.

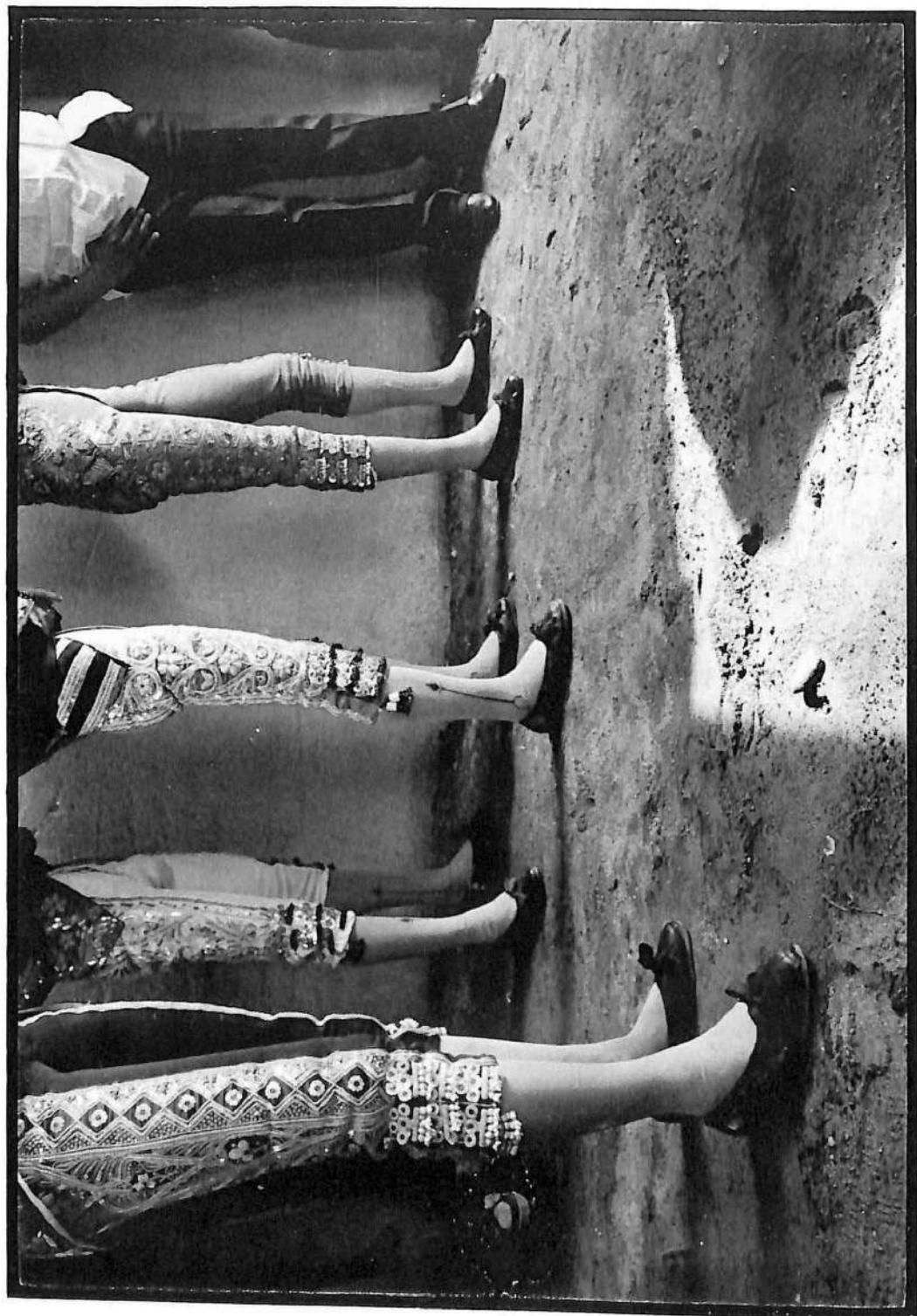
En el toril contienen su furia los bureles. Los monosabios porfían con las mulas. Llegan los músicos con sus vientos, los toreros que se apresuran hacia la capilla para encomendar su alma por última vez. Expectantes, los aficionados observan, incapaces de dominar su impaciencia.

En el patio esperan los picadores. Oficio ingrato el suyo. Desde que la silueta del hombre de a caballo se divisa en la entrada al redondel, se alza ya un murmullo de rechazo.

Pero, ¿qué saben aquellos espectadores acerca de contener a un caballo nervioso tirando de las riendas con la mano izquierda, el esfuerzo para mantener el equilibrio sobre la montura mientras con la derecha se esgrime la pica como única defensa contra un animal violento?

Sí, ingrato es el oficio de picador. Y los varilargueros que aguardan su turno en el patio de caballos adoptan una resignación semejante a la de sus jameigos.

Rara solidaridad entre hombre y animal, ninguno confía en el otro pero los dos abrigan la misma esperanza: que no nos derribe el toro.



La actitud de los toreros que aguardan el sonido del clarín se parece a la de aquellos que van a cumplir con un rito religioso.

En la oscuridad del túnel que conduce al ruedo pueden entreverse atisbos del sol que baña la arena y el rumor del bullicio que inunda el coso. Pero, ¿es consciente el aficionado que blande enardecido su bota de vino en el tendido del cosquileo que recorre el cuerpo de los toreros que van a exponer su vida esa tarde?

Es el viento de la muerte que zumba en el aire como una abeja desorientada. De allí las miradas ausentes, los rostros ensimismados. El aroma de la tragedia se expande en esos instantes previos a la corrida.

¿Qué pensamientos asedian la mente de los toreros? En la arena debe sucumbir la fiera, aunque el hombre sabe que también puede teñirla con su propia sangre. Algunos miembros de la cuadrilla comprenden la solemnidad del momento; otros, quizá para no arriesgar la serenidad, se esmeran por aparentar indiferencia.

Son las tres y media en punto y los pitos y las matracas acrecientan el estrépito de la multitud. Suena el clarín y mientras los alguacillos se asoman al ruedo, en la penumbra el torero tal vez alcance a susurrar una última oración antes de pisar la arena.

¿Se habrá percatado de la figura premonitoria que un ramalazo de sol ha trazado sobre el suelo, emulando los cuernos del toro?



En el ruedo, hombres y bestias realizan los tres actos de la tragedia.

La belleza del capote desplegado en el primer tercio, en una lenta verónica, tan lenta como si el tiempo se hubiera detenido por un instante, crea una sensación sin par. El capote alado del torero que, con los pies juntos, recoge la sombra poderosa del toro en su embestida, configura uno de los momentos más plásticos de la lidia.

Luego, el burel contra el caballo. La vara puntiaguda que horada el morrillo de la fiera. La bravura del cornúpeto que pugna por derribar al picador y su cabalgadura.

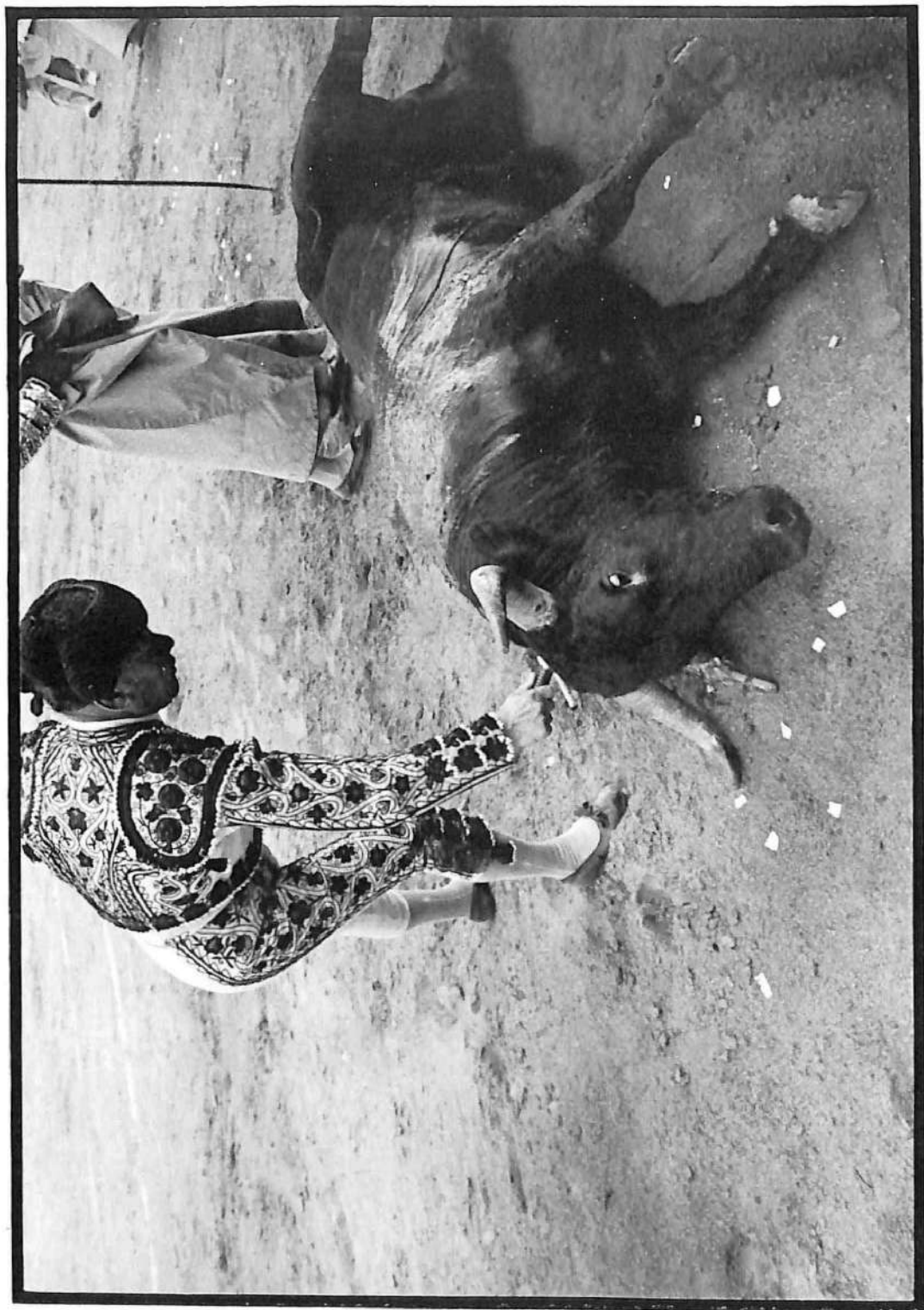
El clarín del segundo tercio. Al son de la música, el banderillero se acerca peligrosamente al toro para clavarle los rehiletes. Las astas le raspan la chaquetilla y los subalernos acuden prestos al quite. Herido con un racimo de colores, el animal se encamina hacia el tercio final, aquel de la muerte.

El hombre se halla solo frente al toro. Relampaguea el traje de luces sobre la arena, así como brilla la sangre sobre el lomo del toro.

Arte del morir, en la lidia, empero, no es suficiente el valor. La magia del toreo combina la sabiduría con la imprevisibilidad, la técnica con el azar.

Vuela el diestro por los aires y el fantasma del miedo asoma por entre los capotes de auxilio. El olor a muerte se siente en el callejón. Cunde el desconcierto en los tendidos.

Desde el mantón que cubre la barrera, la virgen contempla en silencio el último acto de la tragedia.



El momento de la verdad.

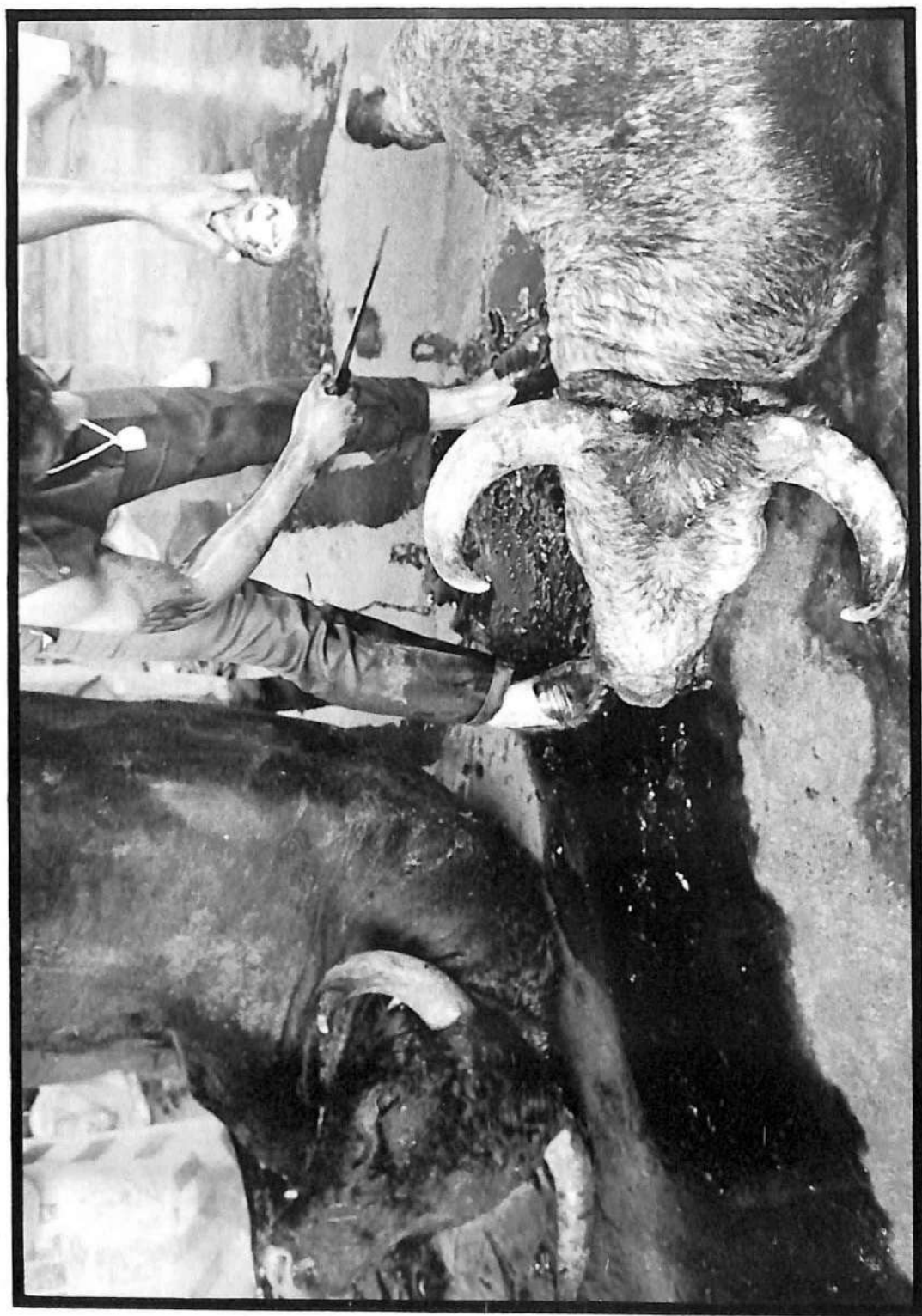
La plaza ha quedado en silencio y sobre la arena convergen dos soledades. El hombre y el animal se encuentran por última vez bajo el sol de la tarde.

Ambas figuras se entrecruzan durante un instante, se convierten fugazmente en un solo ser. El torero se vuelca sobre el morrillo ensangrentado del toro, la muleta baja sujeta con la mano izquierda y el estoque firme en la diestra, los cuernos rozan el cuerpo ceñido por el traje de luces.

El acero penetra por entre los omóplatos del burel, como un cuchillo en una barra de mantequilla si ha logrado encajar en el «hoyo de las agujas». Cercena la aorta y la mole del animal se convulsiona, se resquebraja por dentro y sus patas tiemblan mientras el torero y los subalternos observan. Finalmente se derrumba con un golpe seco, definitivo.

La plaza estalla en una ovación. Sólo el matador conserva la gravedad que impone el ritual, mientras la vida se le va a su oponente. El toro yace sobre la arena roja y su ojo languideciente quizá alcanza a distinguir la silueta borrosa del puntillero que le va a abreviar la agonía.

El clamor de los tendidos aumenta pero nadie sabe de la sensación de vacío que invade al matador que acaba de concluir su faena. Luego el vencedor paseará su soledad por el anillo mientras una lluvia de claveles intenta colmar su corazón.



El desolladero es la otra cara de la fiesta.

Sin duda, el individuo que levanta ufano la cabeza ensangrentada del toro es ajeno al ritual de la lidia.

¿Qué fue de la belleza salvaje del animal que vomitó su furia sobre la arena?

Despojado de su piel como una res cualquiera, el matarife cercena y tasajea su carne con destreza. Los mejores trozos penderán de ganchos en el mercado.

Poco importa eso, sin embargo. Como suele ocurrir con los humanos, los restos del toro de lidia que ha muerto en el ruedo luchando con bravura son accesorios. Quedará vivo para siempre en la memoria de aquellos que presenciaron su fin pero, más aún, en el recuerdo del hombre que tuvo el valor y el arte de matarlo con honor.



Parodia insólita, los toreros bufos despojan a la corrida de su carácter ritual y transforman la tragedia en una representación cómica.

Pero la gente que ríe en los tendidos ignora que aquellos hombres diminutos y contrahechos que juegan con el ceremonial de la muerte precisan también de valor.

Con una estatura semejante los becerros se agigantan, los revolcones son inevitables y aparatosos. Oficio amargo el de morder el polvo para hacer reír.

En los rostros de los enanos toreros se advierte una caricatura de la fiesta brava. Y, a veces, también una mirada triste de aquel que anhela algo que nunca será, un tanto como el payaso que en el circo ridiculiza al domador de leones y que sin embargo daría cualquier cosa por ocupar su lugar en la jaula.

Finalmente es otra la tragedia que asoma bajo la máscara del humor.



Los niños y jóvenes que dibujan sus primeros pases sobre la arena imaginan toros bravísimos en sus sueños taurinos.

Recrean en su pensamiento la gran faena de su vida. El toro que arremete con furor al menor movimiento del capote o muleta; el toro que pasa tan ceñido a su cuerpo que le moja de sangre la taleguilla y vuelve a embestir una y otra vez, sin cesar; el toro que se desploma exánime a sus pies, luego de una estocada perfecta recibiendo.

Sin embargo, aquellos muchachos que simulan sus pases en el ruedo vacío aún no han sido envueltos por la sombra de esos toros.

No han sentido temblar la arena bajo las patas de un animal indómito, no han sentido hendirse el aire a su paso como tampoco han sentido el escozor frío del cuerno rasgando la piel como un cuchillo afilado.

En realidad, los niños y jóvenes que ejecutan sus pases de sueño en el centro de una plaza desierta todavía no han conocido el miedo.